

Al siguiente día volvió a su oficina a buscar el certificado de nacimiento que le había dado el médico. Cuando iba llegando recordó que lo había guardado en la cartera, desde el día que fue al juez para ser más exacto. Pensó en volverse. Tenía que hacer los preparativos para el viaje, pero estaba a “dos pasos”, y decidió llegar.

Al entrar se encontró con una ingrata sorpresa. El desorden reinaba. Papeles desparramados por todos lados. La ventana estaba semiabierta.

– Otra vez el viento haciendo de las suyas, a esta ventana la hice arreglar ayer ¿Cómo pudo abrirse? – pensó mientras recogía y acomodaba.

Se demoró un rato como lo hacía siempre que entraba ahí.

De pronto la ventana en un quejido seco se abrió de par en par, y la puerta se cerró estrepitosamente. Los papeles volaron como pluma. Una ráfaga de viento huracanado, entró como genio escapado de una lámpara oscurecido por el tierral. Invirtiendo los papeles la ventana se cerró, y la puerta se abrió de golpe estremeciendo a las paredes. Con mucha dificultad logró cerrar todo. Fuertes ventoleras sacudían los cimientos.

Oscureció. La noche se había adelantado. Afuera era el fin del mundo. Las plantas eran sacudidas como ropa colgada. En un largo y tormentoso quejido muchos árboles caían vencidos por el temporal. Los techos de chapas se sacudían haciendo más apocalíptico el momento.

Anita estaba aterrada. ¿Habría tenido tiempo Rita de cerrar todo y resguardarse con el niño? Cuando ella salió de la casa no había señales de lo que iba a ocurrir. La tormenta se formó de la nada.

La noche había llegado ahora en serio. No había luz. Intentó fallidamente abrir la puerta. Satanás aullaba y destrozaba. En una actitud de desamparo se encogió en un rincón. La oscuridad le daba miedo. El tiempo que pasó ahí le pareció dolorosamente eterno. De un salto se puso de pie. Sintió una extraña sensación. Un presentimiento indefinido.

Salió del resguardo. Cerró la puerta con llave y se lanzó a la boca del lobo, dilatando sus pupilas para escudriñar la oscuridad. Con los músculos tensos, más que caminar, se deslizó asentando cada pie con cuidado y dejándose llevar por el instinto. Hasta su casa había una distancia de dos cuadras. El viento la sacudía. Avanzaba prendida a los alambres de los sitios. Estaba cerca. De pronto intuyó una presencia. El corazón le golpeó con fuerza. Tuvo recelo. Hasta le pareció sentir una respiración agitada. Se quedó muy quieta, dolió la mano aferrada al alambre y los sentidos alertas.

Reaccionando, apuró el paso y llegó a la casa. Buscó la llave para abrir la puerta, pero no hacía falta, estaba abierta. Con el pulso acelerado llegó a la habitación donde debería estar Rita.

– ¡Rita! Ya estoy aquí ¿El bebé está dormido?

No tuvo respuesta. Buscó la linterna que siempre tenía a mano en el aparador. No la encontró. Medio corriendo se dirigió al departamentito de Rita. Se llevó por delante masetas y tarros volcados por el viento. Recuperó el equilibrio.

Golpeó con fuerza – ¡Rita, Rita! Soy Anita, abríme la puerta.

Solo le contestó el aullido enfurecido del viento. La puerta estaba con llave. Volvió corriendo a la casa, buscó otro juego de llaves y entró. Todo era silencio. Tanteó la mesa, ahí estaba la linterna. Se le heló la sangre, sus pies chocaron con un cuerpo. Rita yacía desmoronada e inconciente en el piso.

– ¡Rita, Rita! Despertá por favor ¿Qué te pasó? Dónde está el niño?

Rita intentaba abrir los ojos y también enderezarse.

– El niño está en la casa – dijo en entrecortado balbuceo.

Anita la ayudó a levantarse.

– ¿Y porqué vos estás acá y él allá?

La luz se cortó. Vine a buscar velas. Yo siempre tengo para los santos. Cuando quise salir, la puerta se me había trabado. Hice todo el esfuerzo para abrirla pero no pude. Me puse muy nerviosa. El calor me sofocaba. Me sentí mal y debe ser que me descompuse.

– La puerta no estaba trabada Rita, estaba con llave – Dijo Anita la que de pronto exclamó –: ¡Dios mío! ¡El bebé!

La impotencia de Anita no tenía límites. En un pueblo tranquilo donde nunca pasa nada, donde todos se conocen, su hijo había desaparecido. Inmediatamente la policía fue alertada, pero nada contribuía. No había luz, ni nadie había visto nada. La criatura seguro que fue sacada en el temporal, cuando todo estaba oscuro. En nadie cabía la idea ¿Quién podría querer hacerle mal a Anita? Pero no había duda que era una mano conocida. Alguien que conocía todos los movimientos.

La policía le dijo a Anita – Señora, hay que encontrar a su marido. En este momento es el único sospechoso. El que se llevó el niño es una persona muy conocida.

– ¿Pero cómo pueden sospechar de él? Él es el padre, jamás haría eso, y no voy a permitir que lo acusen sin fundamentos. Ustedes hagan su trabajo como corresponde. Y yo me encargaré de buscar a mi marido.

En las declaraciones, alguien dijo que le pareció ver circular un auto con las luces apagadas ese día del viento, y también dijo que le pareció haberlo visto cerca de la casa de Anita.

La misma Anita recordó la presencia que sintió cerca de ella. Hurgó en su memoria para ver si había registrado alguna otra cosa que le pudiera servir para atar cabos, algún olor, algún ruido, pero nada, solo esa sensación que alguien había pasado cerca.

La policía investigaba todos los detalles por más insignificantes, y Anita a su desesperación le debía agregar los citatorios de todos los días para declarar. Largos y tediosos interrogatorios en los que debió contar por enésima vez la misma historia.

– Señora ¿Cuánto tiempo tenía su hijo cuando se lo llevaron?

– Ya iba a cumplir un mes y medio

– ¿Y porqué no estaba registrado?

– Ya se los dije muchas veces, Pedro, mi esposo me pidió que lo esperara para que fuéramos juntos a anotarlo.

– Y su esposo señora ¿Dónde está?

– Ya le dije que está desaparecido, no se lo que puede haberle pasado.

– ¿Y usted estaba esperando que vuelva para recién anotar a su hijo? ¿Acaso usted no sabe que la ley establece un tiempo mínimo para el registro de un recién nacido? ¿Y que si no lo cumple debe pagar una multa? Pero en este momento la gravedad del caso no es la multa. La gravedad estriba en que esa criatura no figura en ningún lado como persona ¿Qué partida de nacimiento tiene que acredite que es su hijo? ¡Nada, usted no tiene nada! Y si no la conociéramos bien, debería ser la primera en estar detenida.

– Tengo un certificado médico...

– ¡Por favor señora! eso no sirve de nada.

– La persona que se lo llevó, con alguna “ayudita” tranquilamente lo puede anotar como hijo.

Un caso así por esos lugares era plenamente inusual. Los medios de comunicación de todas las provincias, se hicieron eco de la tragedia y llegaron al

Lindero transformándolo en el centro de la noticia. Desde la casa de Anita apelaban al corazón del raptor para que devolviera el niño. La misma Anita lo hacía. Sabía que todo un país la estaba mirando y tenía aún viva la esperanza de poder recuperarlo. Uno de sus mensajes fue dirigido a Pedro:

“Pedro, te necesito, tu hijo, nuestro hijo está desaparecido, no puedo seguir con esto sola, perdoname, no se como pudo pasar, se que cuando lo sepas vas a volver para que lo busquemos juntos...” su voz se quebraba, y los tele oyentes sentados al frente del televisor lloraban por la desdicha de esta madre tan joven, a la que sin misericordia le habían arrebatado la alegría de ver crecer a su hijo.

La búsqueda fue decayendo. Los medios encontraron noticias más nuevas para ofrecer. El mundial de fútbol del 78 se acercaba (Que concluiría con el triunfo de Argentina). La grandiosidad del estadio de fútbol “El Chateau Carreras” construido en Córdoba Capital. El proceso de reorganización Nacional estaba en su auge. La especulación. “La plata dulce”. Y solo de vez en cuando hacían al caso “Anita” como se les había dado por llamarlo, alguna alusión mínima.

La desaparición del niño sirvió para que los lugareños más viejos y más supersticiosos tejieran historias inverosímiles. No faltó quien diga, que el día de la tormenta, vió enfrente de la casa de Anita un enorme perro negro, con un bulto como el tamaño de una criatura en su boca... Y otro agregó que los ojos parecían dos carbones encendidos. Y otros, que mientras aullaba haciendo “espeluznar el cuerpo” de su bocaza caía una baba espesa. La historia se repetía de boca en boca, y cada uno le agregaba el condimento que mejor le caía. Al último había crecido tanto, que los más creyentes de estas historias, dijeron que el diablo transformado en Perro desató el huracán, llevándose al niño para castigar a Pedro, por no cumplir un trato secreto que había hecho con él. Cómo era costumbre, la leyenda circuló animando las noches de invierno. Pero también esto pasó al olvido.

Y también Anita empezó a desfallecer. El golpe demasiado duro la sumió en una fiebre exaltada. Rita y Juan Alberto no se apartaban de su lado. El médico dijo:

– La enfermedad de Anita no es del cuerpo. Su mente se niega a asumir la tragedia. La impotencia la sume en ese estado.

En su delirio Anita llamaba a Pedro y a su hijito. Como perlas, las gotas de sudor mojaban continuamente su frente. Su rostro era una máscara pálida y delgada.

– Tenemos que hacer algo – le dijo Juan Alberto a Rita, que día a día veía más lejos la mejoría de Anita.

La trasladaron a la capital de Córdoba. Un psicólogo se hizo cargo del tratamiento. Ante la incertidumbre de los que la amaban, no reaccionaba a la medicación.

Desde la tragedia había pasado un año. Anita continuaba internada, el psicólogo pedía tener paciencia. Y cuando ya las ilusiones cedían paso a la desesperanza, como el ave fénix Anita resurgía otra vez a la vida. Abrió los ojos, ahí, esperando el momento tan ansiado, estaban Rita y Juan Alberto.

Anita le había ganado la batalla, pero el dolor en silencio y aporreado quedó espiando desde un hueco de su existencia